

sistemas, ni se abandone á supersticiosas creencias con respecto á los pretendidos misterios de la filosofía alemana, ni tome V. por profundidad de ciencia la obscuridad del lenguaje. No olvidemos que la sencillez es el carácter de la verdad; y que poco fia de sus descubrimientos quien no se atreve á presentarlos á la luz del día. Estos tan ponderados filósofos, que rodeados de tinieblas viven como trabajadores que estuviesen explotando riquísimas minas en las entrañas de la tierra, ¿por qué no nos manifiestan el oro puro que han recogido? Otro día, si la oportunidad se brinda, entraremos de nuevo en esta discusión; entre tanto disponga de su afectísimo.—J. B.

EL DOCTOR NEWMAN,

EL PUSEÍSMO,

Y UNA RETRACTACIÓN EXTRAORDINARIA.

Repetidas veces hemos llamado la atención de nuestros lectores sobre la revolución religiosa que se está verificando en Inglaterra, cayendo más y más en descrédito la iglesia establecida, y aumentándose las tendencias hacia el catolicismo. Sabido es que el célebre doctor Pusey, teólogo de Oxford, y sabio distinguido, ha dado el nombre á una escuela, que sin condenar decididamente el anglicanismo le abre sin cesar profundas heridas; así como de otra parte va haciendo en cierto modo la apología de la Iglesia católica, sin que se resuelva á entrar en su seno. Al lado de Pusey figura un escritor que se ha señalado sobre manera en promover el desarrollo de esas doctrinas que tanto se aproximan al catolicismo; teólogo de la misma uni-

versidad, y ejerciendo con sus escritos poderosa influencia sobre el clero anglicano, se encuentra en excelente posición para servir de instrumento á la Providencia, el día que la infinita bondad de Dios se digne conducir de nuevo al redil las ovejas extraviadas.

Este doctor se llama Newman, y acaba de ofrecer á la Inglaterra y á la Europa, un espectáculo tan singular, que nos atreveríamos á decir que carece de ejemplo. En un trabajo que tiene por título *Lyra Apostólica* había llamado á la Iglesia romana *iglesia perdida*; en una obra sobre los Arrianos había hablado de la *apostasia papal*; en otra titulada *Tracts for the Times* declaraba que Roma era *hereje*, que había apostatado en la época del Concilio de Trento, que la *comuni6n romana se habia ligado para siempre con la causa del Anti-cristo, que habia sustituido la mentira á la verdad de Dios y que era menester huir de ella como de una peste*. Las expresiones que se acaban de leer no las había soltado el autor en sus más recientes publicaciones, dadas á luz con más conocimiento de causa y con más espíritu de justicia en favor de la verdad. Sin embargo lo que había dicho en los últimos años en favor del catolicismo, no ha sido bastante para apaciguar su conciencia con respecto á lo que se había permitido en las anteriores; y así ha creído de su deber borrarlas de sus obras en cuanto le es posible, destruyendo de esta suerte el mal efecto que pudieron causar en el ánimo de los lectores. Para esto ha apelado al medio más sencillo y expedito, y al mismo tiempo muy honroso á la rectitud de sus intenciones, publicando en los periódicos una solemne retractación de cuanto había dicho:

Conócese que el doctor Newman sentía no leves escrúpulos al permitirse tan destempladas expresiones contra la Iglesia romana; y es curioso el oírle cuando nos explica con cándida sencillez lo que á la sazón pasaba en su espíritu. «Si me preguntáis cómo puede permitirse un simple individuo pensar y mucho menos publicar semejantes cosas, sobre una comuni6n tan antigua, tan extendida, y

que ha producido tantos santos, responderé con el mismo lenguaje de que me valía entonces para mí mismo, cuando me decía: «las palabras que yo publico no son más, yo no hago más que seguir las opiniones de los teólogos de mi iglesia, quienes sin exceptuar ni aun los más distinguidos y más sabios, han hablado siempre contra Roma en términos extremadamente violentos; yo deseo adoptar su sistema; cuando repito lo que ellos han dicho estoy en toda seguridad, pues que en nuestra posición el abrazar sus miras es cosa poco menos que necesaria.»

«Tengo también, continúa el doctor Newman, razones para temer que este lenguaje pueda ser atribuido en gran parte á un carácter ardiente, y á la esperanza de ver mi conducta aprobada por personas que respeto. Además, quería al mismo tiempo ponerme á cubierto de la nota de *romanismo*.»

Las palabras que preceden no necesitan comentarios, mayormente cuando se sabe que este hombre no se ha convertido todavía al catolicismo; mientras hace estas confesiones tan consoladoras, oímosle que dice, que no entiende por esto retractar lo que ha escrito en defensa de la iglesia anglicana. Tal vez nos engañamos, pero nos parece columbrar aquí algunos indicios de vastos designios de la Providencia. Los enemigos del catolicismo siguiendo su acostumbrado sistema de infamación y calumnia, se empeñan en presentar los triunfos de la religión verdadera como resultado de sórdidas intrigas, ó efectos de un fanatismo desatentado. Si la Inglaterra se hubiese convertido repentinamente, hubiérase dicho á no dudarlo, que no mediaba el dedo de Dios, que no debía atribuirse á la gracia el prodigioso acontecimiento, sino que era necesario buscar su origen en miras y combinaciones políticas, que con más ó menos especiosidad se hubieran indicado desde luego, dejando al porvenir la aclaración de lo demás que se habría supuesto oculto entre las sombras. La Providencia ha querido que las cosas marchasen por otro sendero: se hubieran atribuido las conversiones á la

influencia política, y Dios ha mantenido tan separados estos extremos, que lejos de aliarse han vivido enemistados. Se hubiera dicho que el cambio se había verificado por medio de sorpresa, que los ánimos no habían podido prepararse, que el tiempo no había madurado las cosas, y que por tanto las nuevas convicciones se resentirían de la precipitación con que habían sido concebidas; y Dios ha querido que el tiempo demandado transcurriese en abundancia, que después de siglos de error y de fanática exaltación, comenzase la saludable mudanza, primero calmándose los ánimos, cediendo de su primitiva irritación, examinando con menos parcialidad é injusticia la causa de los católicos, y llamando al tribunal de una razón ilustrada las calumnias de que se los agobiaba; que en seguida se pasase á investigar los motivos que se habían tenido para separarse de la Iglesia romana, y que se palpase la sinrazón de un cisma que sólo han podido sostener las imposturas de los interesados en prolongarle; y que en fin ora por abiertas conversiones, ora por confesiones más ó menos explícitas, se anduviese propagando la doctrina católica, preparándose el afortunado día en que, según la expresión de un grande escritor, la Inglaterra se hará católica, y deshecho también el cisma de Oriente, la Europa asistirá al Tedéum que se cantará en Santa Sofía.

Ved lo que está indicando la célebre universidad de Oxford, lo que nos está diciendo la escuela de Pusey, lo que nos está revelando la notable retractación del doctor Newman. Las palabras, las ingenuas confesiones del distinguido escritor, nos hacen asistir á una conversión sosegada, lenta, en que la Providencia se complace en manifestar la transformación que se va realizando en los espíritus con el auxilio de las luces y de la gracia. En efecto: notamos en primer lugar que el doctor Newman al escribir sus invectivas contra la Iglesia católica, al llamarla iglesia perdida, apóstata, y de la cual era necesario huir como de la peste, siente ya en el fondo de su alma una voz que está clamando contra tanta injusticia; puede apenas

sosegar su espíritu agitado por un vivo remordimiento, viéndose precisado á apoyarle en la autoridad de los hombres más distinguidos de la iglesia anglicana, quienes al hablar de la Iglesia católica se han expresado con la mayor violencia. Es decir que el doctor no se sentía ya con bastantes fuerzas para atacar por sí solo la Iglesia romana, ya no estaba seguro de lo mismo que decía, sus convicciones eran tan débiles que habían menester el sostén de la autoridad ajena. Además ya no procedían de lo íntimo del alma, ya no eran la expresión del pensamiento, eran un medio para congraciarse con las personas á quienes respetaba, y para precaver la tacha de romanismo. Malo como era semejante proceder, anunciaba no obstante que la obstinación no tenía asiento en el ánimo del escritor, que sus ojos comenzaban á abrirse, que la luz de la verdad descendía del cielo sobre su cabeza; y que Dios al permitir su extravío, no quería sin embargo dejarle en aquella horrible tranquilidad, que disfrutada en medio del mal, es señal funesta de que el nombre del culpable está borrado del libro de la vida.

La retractación que acaba de hacer el doctor Newman, de las proposiciones vertidas contra la Iglesia católica, tiene más peso en la actualidad, que si lo hubiese verificado después de su conversión que con tan fundados motivos esperamos. Si un paso semejante lo hubiese dado después de abrazada decididamente la fe de la Iglesia romana, sería una consecuencia muy legítima de su cambio de religión, y quizás no ofrecería tan abundante pábulo de serias reflexiones á los que están observando la marcha de los espíritus. Un hombre que se acabe de hacer católico, natural es que manifieste profundo respeto á la verdadera Iglesia, y que repruebe lo que antes había aprobado. Pero un protestante, que permaneciendo todavía en su falsa secta, retracta lo que ha dicho contra la Iglesia católica, y lo retracta de una manera pública y solemne, es el espectáculo más raro que en este género pueda ofrecerse, es una clarísima señal de que la verdad se va abriendo

paso al través de todos los obstáculos, y que la Providencia va adelantando su admirable obra por caminos incomprensibles al hombre.

Y esta resolución del doctor Newman es de tanta más importancia, cuanto que atendida la situación de los espíritus en Inglaterra, no podrá menos de acarrearle un diluvio de insultos y sarcasmos por parte de los protestantes, que vivamente alarmados del progreso del catolicismo en aquel país, y de las buenas tendencias que se manifiestan en la escuela puseista, claman con la mayor violencia contra los males que están amenazando á la iglesia anglicana. Se ha trabado ya una ardiente lucha sobre este punto; y los escritos contra los católicos y los puseistas se derraman con gran profusión para atajar la corriente de las sanas ideas, que de tal modo perturba el reposo de los discípulos del error. Entre los muchos folletos publicados últimamente, se nota uno que merece ser copiado por lo que dice y por lo que deja entender. Lo insertamos tal como lo hemos visto en periódicos extranjeros: «Miembros de la Iglesia: llamamos seriamente vuestra atención sobre una confesión hecha recientemente con respecto al verdadero objeto que se propone el partido cismático, que de algún tiempo á esta parte ha perturbado y dividido de una manera tan lamentable la iglesia nacional. Este manifiesto se encuentra en el British Critic. número 59, p. 45. Helo aquí:

«Nosotros debemos separarnos más y más de los principios, si tal nombre merecen, de la Reforma inglesa.»
«El que lee, entienda; en vano se para la red á la vista de las aves.»

Continúa el celo protestante recomendando la circulación de dicho folleto, el que se halla de venta en todas las librerías de Londres, á razón de un schelling cada cien ejemplares, para hacer frente de esta manera y á favor de la baratura, á las tentativas de los agitadores eclesiásticos, que no se avergüenzan de comer el pan de la iglesia protestante mientras trabajan para arruinarla. Manifestando finalmente

en cuánto apuro se halla la causa del error, exclama el autor del folleto: «Dios, en su misericordia, conserve entre nosotros la verdadera religión protestante.»

Échase de ver la indignación con que se levantarán contra el doctor Newman los sostenedores del anglicanismo, y que agotarán el diccionario de injurias de la rencorosa Reforma, para presentarle á los ojos del público con los más negros colores. Pero Dios, cuya gracia le ha dado fuerza bastante para dar en el camino de la verdad un paso tan costoso, se la otorgará también para sufrir con resignación los insultos que se le prodiguen, preparando poco á poco su espíritu para que se decida de una vez á abrazar la fe de esta Santa Iglesia, á cuyo seno el Señor le está llamando con tan patentes señales. Entre los que participan de las ideas puseistas, la resolución del doctor Newman ha encontrado muy lisonjera acogida, y hasta se añade que ese acto tan recomendable hallará bien pronto imitadores. Ya que la infinita misericordia sufre tan benigneamente las dilaciones y la indecisión de esas ovejas extraviadas, sufrámosla también nosotros; aguardemos con paciencia el día de bendición en que brillará con toda claridad á sus ojos la luz divina, y entre tanto oremos por ellos, como están orando los católicos de aquel país, y de otras partes, para que el Señor se digne consolar su Iglesia con la conversión de tantos desgraciados, tanto más dignos de compasión, cuanto han nacido en un reino envuelto en las tinieblas del error, y donde las preocupaciones contra la fe católica habían echado más profundas raíces. No preguntemos por qué tarda tanto el cumplimiento de nuestros deseos y esperanzas: ¿qué es el hombre para pedir cuenta á Dios?

La retractación del doctor Newman nos ofrece un modelo que debieran imitar todos los católicos que, habiéndose deslizado en algún error ó permitido expresiones mal sonantes, han podido escandalizar á los sencillos, poniendo quizás en peligro su fe, ó disminuyendo el respeto que deben profesar á la Iglesia. Si Newman, todavía protes-

tante, que declara expresamente no ser su ánimo el cambiar de comunión, reprueba de una manera pública y solemne las expresiones vertidas contra la Iglesia romana, no porque esté ya adherido á ella, sino por conceptuar injustos los cargos que le había hecho, y calumniosas las calificaciones con que la había ofendido; ¿con cuánta más razón deberán los verdaderos católicos proceder con mucho cuidado en desfigurar la historia eclesiástica, desencadenándose contra los sumos Pontífices y contra la Sede Romana ó contra el cuerpo del Episcopado en general? Por desgracia no siempre se anda en estas materias con el tiento debido, y libros existen de autores que se apellidan católicos, y á quienes nosotros no negaremos tampoco este título hasta que la Iglesia se lo haya también negado, que se expresan con tanta desenvoltura en estas materias, que difícilmente pudiera creerse que fuera autor católico quien no ha reparado en consignar semejantes palabras en sus escritos. Y no pretendemos por esto que al examinar la historia de la Iglesia, se proceda con parcialidad, ni se dispensen elogios á quien no los merezca, ó se trate con excesiva indulgencia al que de ella se haya hecho indigno por su conducta; pero sí es bien claro, que al tratarse ciertos puntos delicados, no asienta bien á un hombre que se apellida hijo de la Iglesia, el desatarse en invectivas contra este ó aquel Pontífice, esta ó aquella clase. Conviene recordar que sin faltar en nada á la verdad histórica, sin torcer la rectitud del juicio, y hasta sin escasear el correspondiente vituperio de las malas acciones, cabe emplear cierto lenguaje en que se trasluzcan á un mismo tiempo el amor de la verdad y el celo de la justicia, hermanados con el cuidado de conservar el decoro y buen nombre de la Iglesia; cabe emplear cierto lenguaje en que se conozca que al narrar los excesos, al exponerlos á la reprobación pública, se cumple con un deber doloroso, como el hijo que se ve precisado á confesar la ignominia de su padre. Los que conocen estas materias juzgarán si es oportuno lo que acabamos de indicar. El curso de los aconte-

cimientos ha puesto demasiado en claro los resultados de semejante conducta para que sea excusable nadie que en adelante la siga. Hubo un tiempo en que algunos católicos poco avisados, ó seducidos quizás por el prurito de hablar con entera libertad manifestando un espíritu superior á las preocupaciones vulgares é inaccesible á la lisonja, pudieron creer que no era mucho el daño que ocasionaban, dando á luz escritos que sin reparo habrían podido adoptar como suyos los protestantes y los incrédulos. Pero en la actualidad la situación se ha aclarado de tal manera, se ha manifestado con tanta evidencia cuál era el blanco de los que aplaudían estrepitosamente estas publicaciones, que la falta de circunspección es un verdadero delito á los ojos de Dios.

Es ya muy consolador para un ánimo fiel y piadoso, el observar que se van convenciendo de estas verdades todos los hombres de intenciones leales y sinceras. Fijese la atención sobre el lenguaje de los escritores católicos, y se notará que se van desviando del errado camino de insistir demasiado sobre ciertos puntos en los que les parecía desahogar inocentemente su celo, cuando en realidad contribuían al descrédito de las instituciones más augustas, y por tanto dañaban gravísimamente los intereses de la fe católica. Antes de los horrorosos acontecimientos presenciados en revoluciones recientes, habían llegado las cosas á un punto escandaloso; siendo difícil de concebir cómo se había apoderado de los ánimos tan funesto prurito de exageración y maledicencia.

Es menester desengañarse; si se declama mucho contra los Papas, al fin se vendrán á suscitar dudas sobre la legitimidad del vicariato que ejercen; si se habla incesantemente contra sus pretendidas usurpaciones temporales y espirituales, al fin se llegará á poner en cuestión su primado de jurisdicción y de honor. No ignoramos lo que á esto suele responderse, no desconocemos que los vicios y las faltas de un Papa nada tienen que ver con el pontificado; pero tampoco se nos oculta que cuando las cosas se

llevan hasta cierto punto, hay distinciones que es más fácil hacerlas de palabra que de corazón, y que cuando nos hayamos acostumbrado á mirar á una serie de hombres con aversión y desprecio, no se nos hará difícil el atacarlos como Vicarios de Jesucristo.

Cuando ocurra calificar los procedimientos de este ó aquel Papa, cuando sea menester designar y condenar un abuso que en este ó aquel tiempo se hubiere introducido, quien sienta que su pluma destila amarga hiel, quien llevado por el celo indiscreto se exalte en demasía, y se deje arrastrar á expresiones exageradas, recuerde que un protestante nos ha dado el ejemplo del respeto con que debe hablarse de la Iglesia, y que no sólo no ha tenido reparo en desaprobando su anterior conducta, sino que antes bien ha llegado á exponernos con la mayor sencillez los motivos que le hacían obrar de aquella suerte, sin callar ni aun aquellos en cuya ocultación se interesaba vivamente su amor propio. Al reflexionar sobre la elocuente y saludable lección que resulta de hecho tan singular como el que hemos consignado, ocurrenos naturalmente aquella profunda sentencia de S. Agustín, á saber: que Dios es tan bueno, que no permitiría el mal, si del mismo mal no pudiera sacar un bien.

EL HUERTO DE GETHSEMANÍ.

I.

Estaba la noche en la mitad de su carrera: la luna despidiendo sus lúgubres resplandores, parecía en la inmensidad de los cielos la pálida antorcha de vasto panteón, donde reposan los restos de un poderoso monarca. Divisábanse acá y acullá en la azulada bóveda algunas estrellas cuya vibrante luz se eclipsaba de vez en cuando con el bri-